

EL PENDULO MONETARIO

David Ibarra
11 de junio de 2004

Aunque se oculten, son reconocibles los vuelcos del péndulo ideológico que rige la vieja oposición entre las exigencias del orden internacional y las demandas democráticas de cada país, nítidamente transparentes en las políticas monetarias. Hasta la Primera Guerra Mundial, las ideologías dominantes, junto a la debilidad de los partidos de los trabajadores y las restricciones al voto ciudadano, hicieron prevalecer a las primeras sobre las segundas, hecho congruente con el impulso al comercio internacional del Imperio Británico. El régimen de patrón oro tenía por objetivo central sostener draconianamente la convertibilidad monetaria, cargando los costos a los países deficitarios. Al efecto, los déficit de la balanza de pagos se combatían por gobiernos y bancos centrales con medidas impopulares, deflacionando a las economías con alzas en las tasas de interés y reducción del circulante monetario, es decir, abatiendo desarrollo, importaciones y precios.

Después, las repercusiones devastadoras de la Gran Crisis de los Años Treinta, la universalización del sufragio, el fortalecimiento de partidos socialdemócratas, trastocaron los equilibrios políticos y los paradigmas económicos. Ganan las fuerzas ciudadanas para decidir los derroteros nacionales, desaparece el colonialismo, se quiebra la espiral ascendente del intercambio internacional, las economías crecen como nunca. Las políticas keynesianas y la Segunda Guerra Mundial sacan al mundo de la depresión, enderezan la lógica de las estrategias nacionales hasta hacer responsable al Estado del empleo pleno y del crecimiento de cada país.

Como resultado, se desmorona el sistema del patrón oro y se debilita el poder regulador de los bancos centrales; los países alzan barreras al comercio y a los flujos de capitales. En el orden internacional se celebran los acuerdos y se crean las instituciones de Bretton Woods. Dicho convenio, contiene un nuevo régimen monetario-cambiario que, a diferencia del anterior, no estipula tipos de cambio fijos, sino revisables, siempre y cuando se experimentase un desequilibrio fundamental invocado por el país afectado y aceptado por el Fondo Monetario Internacional.

Bretton Woods reflejó los cambios políticos que tornaron inviable la deflación de las naciones deficitarias como única vía de corregir los desajustes de pagos y que abrieron la puerta al período de más intenso desarrollo de la economía mundial y de las zonas periféricas. La revisión de las paridades servía para eliminar con menores costos nacionales los déficit externos. A su vez, los controles permitían eludir los efectos de los movimientos bruscos o especulativos de capitales y frenar la acumulación de saldos comerciales deudores. Sin embargo, el convenio sólo admitía alteraciones de la paridad asociadas a desequilibrios graves, reduciendo en los hechos la flexibilidad cambiaria. Antes de reconocer el imperativo de una devaluación, los gobiernos y bancos centrales, se esforzaban por mantener sin variación el tipo de cambio.

De otro lado, el sistema de Bretton Woods buscó el restablecimiento de la convertibilidad monetaria, como prerrequisito al florecimiento del comercio internacional. Fracasan los intentos de dar convertibilidad a la libra esterlina (1947), como también la Carta de la Habana, que trató de crear la Organización Internacional del Comercio.

Esos ensayos anuncian, sin embargo, el comienzo del cambio de dirección del péndulo que abandona del nacionalismo y vuelve al cosmopolitismo. Al comienzo, los intentos de reimplantar la convertibilidad monetaria universal enfrentaron conflictos de interés entre los países desarrollados. Las naciones devastadas por la guerra resistían la liberalización del comercio; nivelar sus balanzas de pagos, exigía devaluaciones cambiarias sustantivas que deteriorarían los estándares de vida de la población, sin resolver a fondo las limitaciones de su capacidad productiva y exportadora. De su lado, los Estados Unidos consideraban indispensable alcanzar a la convertibilidad para que sus exportaciones encontrasen condiciones equitativas de competencia.

Entre 1959 y 1961, los países europeos restablecieron la convertibilidad de la cuenta corriente, pero dejaron vigentes los controles en la cuenta de capital. El péndulo de la política monetaria siguió avanzando, apartándose del nacionalismo económico, al hacerse más y más convergentes los intereses de los miembros del mundo desarrollado. A partir de ahí, los países comienzan a restablecer la convertibilidad de las transacciones en cuenta corriente de la balanza de pagos haciendo cada vez más difícil el ejercicio de controles efectivos en la cuenta de capital, hasta que éstos últimos son desmantelados en la mayoría de los países.

Desde la década de los sesentas Europa y Japón crecían y hacían ascender su comercio, en tanto los Estados Unidos comenzaron a registrar desbalances comerciales persistentes. El dólar había consolidado su posición como moneda de reserva, mientras se acrecentaban los desajustes norteamericanos de balanza de pagos.

El sistema monetario de la posguerra al descansar en el compromiso norteamericano de sostener el precio fijo del oro, se erosiona, no sólo por el riesgo nacido de déficit norteamericanos acumulativos, sino por el hecho de que las reservas de los bancos centrales estaban integradas mayoritariamente por dólares. En 1971, ante el éxodo de sus reservas, los Estados Unidos cancelan el compromiso de entregar ilimitadamente oro al precio de 35 dólares la onza, derrumbando el régimen cambiario de Bretton Woods. Desde entonces se ensayan gran variedad de regímenes cambiarios que paulatinamente se decantan sea en paridades flotantes más o menos libres o en paridades fijas, no sin crear serias desalineaciones cambiarias entre países, volatilidades y contagios que están lejos de haberse corregido.

Esos acontecimientos devuelven el meollo del anclaje del sistema monetario mundial a la responsabilidad de las autoridades nacionales, supervisadas férreamente por los organismos multilaterales. En las últimas tres décadas se vive una innegable paradoja. Mientras los países pueden asumir teóricamente el régimen cambiario de su elección --incluso el que les otorgue la más plena autonomía a sus políticas internas--, el orden internacional exige sostener la apertura con estabilidad de precios de cada país a fin de cancelar riesgos a los flujos financieros y de comercio, variables donde se concentran los grandes intereses hegemónicos transnacionales.

En consonancia, los paradigmas ideológicos se han movido de hacer el elogio del desarrollo y del empleo, a subrayar la importancia supererlativa del combate a la inflación. Los gobiernos nacionales se tornan sospechosos de procurarse ventajas políticas a costa de los equilibrios macroeconómicos fundamentales. Hay desconfianza ideológica en el comportamiento del Estado y confianza plena en los mercados. Por eso, frecuentemente se inculpa a la política

fiscal de inducir el gasto por encima de la tasa natural de crecimiento o empleo. Y se abraza el criterio del equilibrio presupuestario en cualquier circunstancia, es decir, se renuncia implícitamente a la instrumentación de medidas fiscales desarrollistas o contracíclicas.

En el ámbito de la política monetaria, los cambios de enfoque abarcan no sólo al diseño de las políticas, sino el de las instituciones. La visión postmoderna de la banca central destaca la necesidad de disolver los problemas de la llamada “inconsistencia temporal”, esto es, las incongruencias gubernamentales entre anunciar políticas de combate a la inflación y luego contradecirlas en función de ganancias políticas o electorales que la teoría económica usualmente presupone transitorias. El descrédito real o imaginario de los gobiernos, lleva a declarar la independencia de los bancos centrales para que persigan sin influencias políticas objetivos de estabilización de precios. Cuentas fiscales sin déficit, bancos centrales autónomos, supresión de las políticas industriales significa la más impresionante cesión de soberanía económica de los países latinoamericanos.

México no es una excepción. La autonomía concedida al Banco de México por ley de 1993, le fija el objetivo único o principalísimo de combatir la inflación, al tiempo que limita la concesión de crédito al gobierno. Como en otros casos, es ambiguo si la independencia institucional abarca sólo el manejo del instrumental monetario o incluye la capacidad de fijar ademocráticamente metas de alcance nacional que pudiesen ser distintas o hasta contraponerse a las del propio gobierno y los órganos legislativos.

Sin duda, nuestra historia reciente y lejana registra casos en que los gobiernos usaron y abusaron de la política monetaria y cambiaria para evadir los sacrificios políticos de ajustar a tiempo la economía. Pero también la historia del

Banco de México, recoge sus esfuerzos exitosos por canalizar fondos privados y públicos a fortalecer la capacidad productiva que hicieron posible la etapa de más intenso crecimiento del país.

Al propio tiempo, México abandona de la paridad fija debido a dos factores centrales que quizás poco tengan que ver con metas desarrollistas. Las aperturas comercial y financiera dejaron inerte a la economía nacional de frente a los flujos no siempre estabilizadores de capitales y mercaderías, así como al contagio de crisis externas. Desde el ángulo nacional, resultaba deseable evitar las crisis devaluatorias sexenales que reflejaban esencialmente la acumulación de diferenciales de precios con el exterior que se traducían en déficit comerciales imposibles de financiar. La flotación crea una vía de escape, pero exige de mayor disciplina monetaria y fiscal, de mayores sacrificios en crecimiento, a fin de combatir las presiones inflacionarias, reales o de credibilidad.

El propio sistema de flotación no resuelve del todo los excesos de las políticas públicas, aunque bien puede cambiar su dirección. Hoy la tentación de los bancos centrales independientes no reside tanto en facilitar expansiones económicas insostenibles, sino en elevar más de la cuenta las tasas de interés o permitir la sobrevaluación de la moneda a fin de obtener ganancias costosas y temporales en abatir la inflación.

Así el péndulo ideológico ha llegado al otro extremo, a privilegiar el cosmopolitismo sobre las demandas ciudadanas. Lo que se gana en estabilizar precios, se pierde en desarrollo, puestos de trabajo, respeto a los valores democráticos. Ganar el equilibrio en las metas sociales y las políticas públicas es, sin duda, la tarea vertebral y pendiente de la política nacional. Inmersos en la misma globalización, otros países en desarrollo ya lo han logrado.